

Con Vosotros

Semanario de la Iglesia en Ciudad Real

Año XLIII – n.º 2238 – D.L.: CR-91/1988 | Domingo, 29 de marzo de 2026

Inaugurando la Pascua

JUAN SÁNCHEZ TRUJILLO

Te acogemos, Jesús, David pascual,
con hosannas de palmas y de olivos
y a tu paso alfombramos redivivos
el camino de tu Pascua personal.

Entra, Cristo, en nosotros; y que el mal,
el dolor y la muerte destructivos
cambien trenos en cánticos festivos
con tu cruz victoriosa por señal.

¡No hablen piedras, mas sí niños hebreos
canten loas al Nombre del Señor
concelebrando en sacros jubileos

la fecunda Matriz que, con dolor
pasional, alumbró gloria y trofeos
de Pascua a neófitos del Amor!



Foto: Salida de la Hermandad
de las Palmas de Ciudad Real
el Domingo de Ramos de 2025

El Seminario celebró el rito de admisión, el lectorado y el acolitado de ocho seminaristas

En un clima de alegría, emoción y acción de gracias, la capilla mayor del Seminario se llenó en la tarde de San José para acompañar a cinco seminaristas en su rito de admisión a las Órdenes Sagradas, a otro en la recepción del ministerio de lectorado y a otros dos en el de acolitado.



De izq. a dcha. (arriba) Saúl Calvo, Diego Plana, Juan Serna, Gerardo Melgar, Abilio Martínez, Arcángel Moreno, Jesús Córdoba y José Ángel Callejas. Abajo, Jorge Quintana, Juan Bosco García, Alejandro Hidalgo, Abraham Martínez, Juan Sánchez y Juan Jesús Jareño

La capilla mayor del Seminario de Ciudad Real acogió en la tarde del 19 de marzo, solemnidad de san José, una celebración muy especial para toda la diócesis: la admisión a las Órdenes Sagradas de cinco seminaristas, la institución del ministerio de lector a un seminarista y la institución de otros dos como acólitos. La eucaristía estuvo presidida por el obispo de Ciudad Real, don Abilio Martínez Varea, y concelebrada por el obispo emérito, don Gerardo Melgar Viciosa, junto a numerosos sacerdotes.

La celebración congregó a familiares y amigos de los seminaristas, que llenaron la capilla del Seminario en una tarde marcada por la



**«La vocación
que habéis recibido
no es un derecho,
es un don»**

alegría, la emoción y la acción de gracias por la vocación. También estuvo presente toda la comunidad del Seminario, con los formadores, profesores y seminaristas, en una jornada especialmente vocacional que puso de relieve el acompañamiento de toda la diócesis a quienes avanzan en su camino hacia el sacerdocio.

En el transcurso de la eucaristía, Jorge Manuel Quintana del Sol recibió el ministerio de lectorado; Saúl Calvo Sanz y José Ángel Callejas Muñoz fueron instituidos acólitos; y realizaron el rito de admisión a las Órdenes Sagradas Juan Bosco García Monrió, Alejandro Hidalgo Obregón, Juan Jesús Jareño García-Pozuelo,



**«Somos hombres
de la Palabra de Dios,
pero también hombres
de palabra»**

Abraham Martínez Paraíso y Juan Sánchez Marín. Se trata de pasos importantes en el proceso de formación sacerdotal, dentro de un itinerario de discernimiento, maduración y entrega al servicio de la Iglesia.

La celebración contó además con un signo especial: la presencia de las reliquias del corazón de san Juan de Ávila, que en esos días —del 17 al 20 de marzo— se encontraban en el Seminario de Ciudad Real dentro de la peregrinación que están realizando por los seminarios y de los seminaristas, es «el modelo de lo que significa escuchar a Dios y responder». En ese contexto citó la carta *Patris corde* del papa Francisco, escrita con motivo del 150 aniversario de la declaración de san José como patrono de la Iglesia universal, y destacó de ella la imagen de José como «padre en la escucha».

En la homilía, don Abilio comenzó subrayando el sentido providencial de la celebración en la solemnidad de san José, patrono de la Iglesia universal y de



El obispo entrega al seminarista Jorge Quintana del Sol el libro de la Sagrada Escritura

los seminarios. «Para el cristiano no hay casualidades, sino que es la Providencia», afirmó. Presentó a san José como figura luminosa para comprender el sentido de la vocación. Recordó que el esposo de la Virgen María, patrono de la Iglesia universal, de los seminarios y de los seminaristas, es «el modelo de lo que significa escuchar a Dios y responder». En ese contexto citó la carta *Patris corde* del papa Francisco, escrita con motivo del 150 aniversario de la declaración de san José como patrono de la Iglesia universal, y destacó de ella la imagen de José como «padre en la escucha».



**«Cuanto más fieles
seáis a Cristo,
más alegría habrá
en vuestra vida»**

Don Abilio se detuvo en este rasgo para explicar que, aunque de san José no se conserve ninguna palabra en los evangelios, sí aparece como un hombre que escucha a Dios y pone en práctica su voluntad. No se trata, señaló, de una escucha pasiva, sino de una escucha obediente y fecunda. Por eso explicó que la obediencia cristiana nace de escuchar y llevar a la vida lo escuchado. Aplicando esta enseñanza a los seminaristas, afirmó que ellos también han escuchado la llamada del Señor, muchas veces «en el ámbito de la familia» o «en el ámbito de la parroquia», al descubrir el testimonio de sacerdotes cuya vida les ha resultado atractiva por su entrega.

Al referirse al rito de admisión, el obispo explicó su significado



Un momento de la institución como acólitos de José Ángel Callejas Muñoz (segundo plano) y Saúl Calvo Sanz

[Continúa en la página 4]



**«San José es el modelo
de lo que significa
escuchar a Dios
y responder»**

[Viene de la página 3]

eclesial y vocacional. Señaló que este paso expresa públicamente que la Iglesia acoge la vocación de los candidatos y que ellos, a su vez, se comprometen a seguir creciendo en el seguimiento vocacional. «La Iglesia acoge vuestra vocación», dijo, y describió este momento como el inicio de un camino de mayor vinculación entre cada seminarista y la propia Iglesia diocesana, que seguirá acompañándolos en el discernimiento durante los años de formación hacia el presbiterado.

En relación con el ministerio de lector, destacó la centralidad de la Palabra de Dios en la vida del futuro sacerdote. El lector, indicó,

no solo proclama la Escritura en la asamblea litúrgica, sino que sirve a la Palabra ayudando a que otros la escuchen y la acojan. Resumió esta llamada afirmando: «Somos hombres de la Palabra de Dios, pero también hombres de palabra». Con ello subrayó que no basta con proclamar o escuchar la Palabra, sino que es necesario dejarse transformar por ella y vivir conforme a lo que Dios va diciendo.

Sobre el acolitado, puso el acento en la dimensión eucarística de la vocación sacerdotal. Recordó que la principal función del acólito es asistir en las celebraciones litúrgicas y colaborar también en la distribución de la comunión, espe-

cialmente a los enfermos. Pero, más allá de la función concreta, subrayó el fondo espiritual de este ministerio: «La eucaristía es fuente y culmen de la vida cristiana». Explicó que la espiritualidad del presbítero ha de ser eminentemente eucarística, arraigada en la celebración del sacrificio de Cristo, en la oración, en la caridad y en el servicio a la comunidad.

Dirigiéndose a los seminaristas, dijo: «La vocación que habéis recibido, queridos seminaristas, no es un derecho, es un don, es un don que lleva también una tarea [...]. Todo don lleva una tarea, lleva una exigencia». Con estas palabras hizo hincapié en que la llamada de Dios es siempre gracia, pero nunca es comodidad; es regalo y, al mismo tiempo, es una responsabilidad. Sin embargo, lejos de presentar esa exigencia como algo pesado o negativo, aseguró que en la fidelidad está la verdadera alegría: «Cuanto más fieles seáis a Cristo, más alegría habrá en vuestra vida».

Al final de la homilía, don Abilio se refirió a san Juan de Ávila, cuyas reliquias estaban presentes en el presbiterio, junto los sacerdotes, para recordar la enseñanza del santo manchego sobre la importancia de la oración y la santidad sacerdotal. Y concluyó encomendando a los seminaristas a la Virgen María, pidiendo para ellos perseverancia y profundidad en la respuesta a la llamada de Dios.



Un momento del rito de admisión a las Órdenes Sagradas



La capilla se llenó para la celebración con sacerdotes, familiares y amigos de los seminaristas

Semana Santa, fiesta del Misterio Pascual

La Pascua no es un elemento más dentro de la vida cristiana, sino el centro mismo de la fe, de la liturgia y de la esperanza del creyente. Este artículo invita a redescubrir el misterio pascual —la muerte y resurrección de Jesucristo— como el corazón de la Iglesia, de la eucaristía y de la propia existencia cristiana, allí donde el sufrimiento, unido a Cristo, puede abrirse a la vida nueva.

ÁNGEL MORENO MAYORAL

La Pascua es el corazón de la fe cristiana. Sin embargo, a lo largo de los siglos, lo esencial ha quedado parcialmente oscurecido por otros aspectos que, siendo importantes, no ocupan el lugar central. Algo parecido ocurre cuando el polvo acumulado con el paso del tiempo acaba eclipsando los objetos más valiosos y hace que destaquen otros de menor valor. El paso de los siglos fue oscureciendo en parte la realidad que da sentido a todo el edificio de nuestra fe: la muerte y la resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

El movimiento litúrgico que desembocó en la reforma del Concilio Vaticano II volvió a proponer con claridad la centralidad del misterio pascual como corazón de la liturgia y de la espiritualidad cristiana, tal como recuerda la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium*. De ahí que este documento nos exhorta a redescubrir lo que denomina la

Pascua semanal, el domingo, como el verdadero centro de la vida del creyente.

Además de esta Pascua semanal, desde los orígenes, los cristianos celebramos una vez al año la fiesta de la Pascua, preparada por el tiempo cuaresmal. En ella contemplamos el núcleo de nuestra fe: la muerte y la resurrección de Jesucristo. La verdadera pascua, el «paso» de la esclavitud del pecado a la libertad, de la muerte a la «vida».

Precisamente, este misterio pascual ocupa también el centro de la vida de Cristo tal como nos la narran los evangelios. En el evangelio de Juan, por ejemplo, todo el relato avanza hacia «la Hora» de Jesús, el momento decisivo de su pasión, muerte y glorificación (cf. Jn 12,23; 13,1).

Pero el misterio pascual no es sólo el centro de la vida de Cristo; lo es también de la vida de la Iglesia, que lo actualiza cada vez que celebra la eucaristía. En cada misa se hace

Cruz pintada, obra de Augustin Frison-Roche para la iglesia de San José, en Voisins-le-Bretonneux, Francia. 2024



presente sacramentalmente la muerte y la resurrección del Señor, fuente permanente de vida para el mundo.

Y este misterio se hace también realidad en la vida de cada creyente. En la experiencia de la fe descubrimos cómo nuestras propias «muertes», nuestras pruebas y sufrimientos, pueden transformarse en vida y en gloria cuando las vivimos unidos a Cristo. Como afirma san Pablo: «Si morimos con él, también viviremos con él» (2 Tim 2,11).

Así, lo que a los ojos del mundo parece necedad y locura se ha convertido en la gran fuerza de Dios para transformar la historia: el amor y la entrega hasta el

extremo se convierten en vida y resurrección. Como proclamaba con gozo la antigua predicación de la Iglesia:

«Cristo ha resucitado y tú has sido resucitado con Él; Cristo ha vencido a la muerte y la vida ha triunfado» (cf. *Homilía pascual atribuida a san Juan Crisóstomo*).



En la experiencia de la fe descubrimos cómo nuestras propias «muertes», nuestras pruebas y sufrimientos, pueden transformarse en vida y en gloria cuando las vivimos unidos a Cristo

Hora Santa: el amor más grande

Durante el Triduo Pascual, uno de los momentos significativos es la oración en el monumento en la noche del jueves al Viernes Santo. Un tiempo de oración personal con la compañía del Señor.

Con esta Hora Santa ofrecemos una ayuda para rezar, meditando cada uno de los textos sobre estas horas intensas en las que contemplamos a Jesús entregándose por nosotros y para nosotros.

JUAN CARLOS TORRES TORRES

I. Hemos entrado en el Triduo Pascual. En estas primeras horas, la Iglesia se detiene, guarda silencio, contempla y adora. Son horas en las que el discípulo es invitado a permanecer junto al Señor, reclinando la cabeza en su pecho para oír los latidos de su corazón y pedir conocerlo internamente.

Ante la eucaristía, ante el misterio de la presencia del Crucificado-Resucitado, volvemos la mirada hacia el centro de nuestra fe: su muerte y su resurrección. E inmediatamente surge una pregunta que ha acompañado a los cristianos desde el principio: ¿qué significa realmente la muerte de Jesús? ¿Fue simplemente una tragedia? ¿El fracaso de un profeta? ¿O la mayor injusticia de la historia?

II. Los evangelios nos ayudan a comprender que la muerte de Jesús no puede entenderse solo como un acontecimiento trágico. Jesús no fue a la muerte arrastrado por las circunstancias ni vencido por sus enemigos. Se dirigió hacia ella libremente, con plena conciencia.

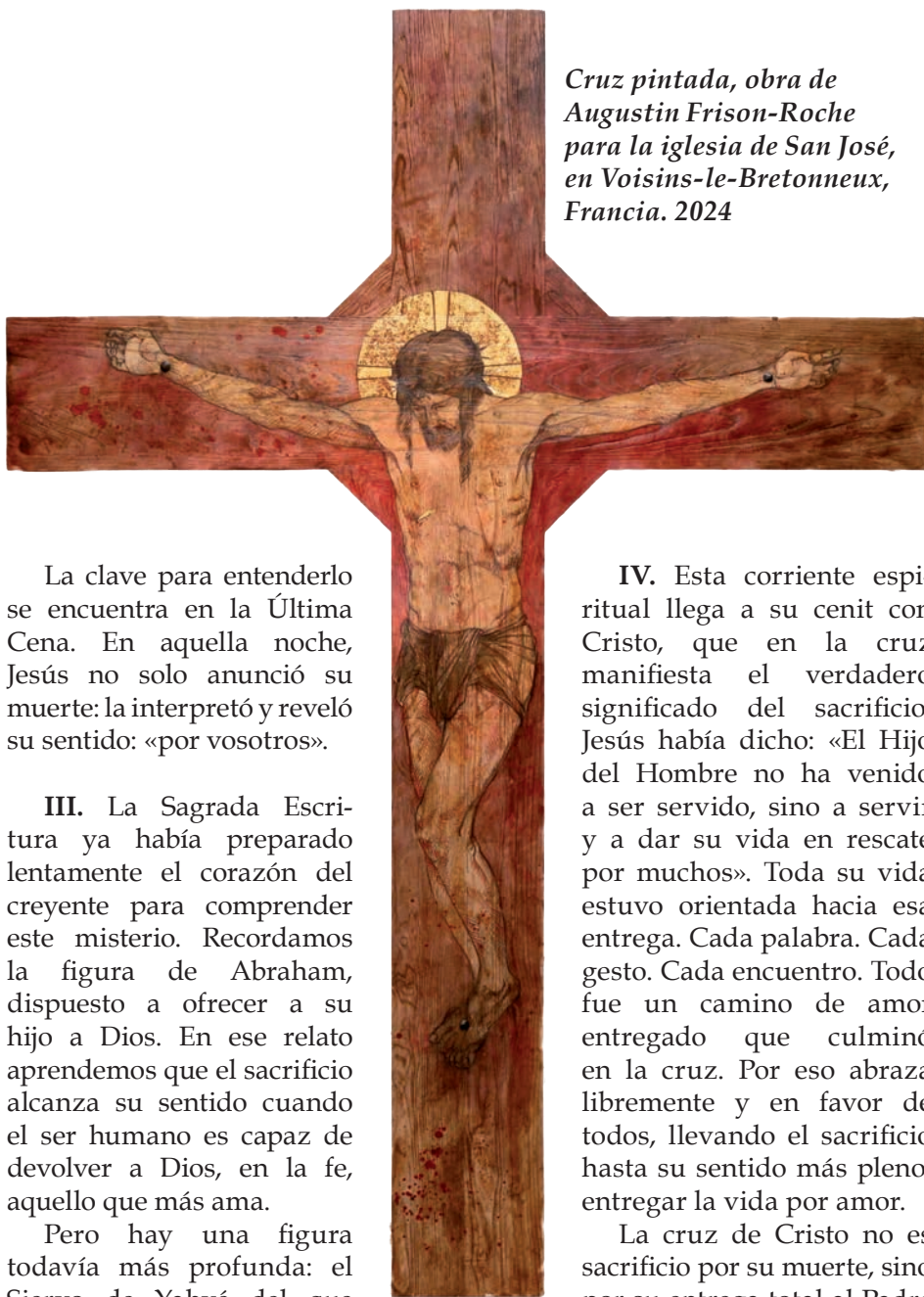
La clave para entenderlo se encuentra en la Última Cena. En aquella noche, Jesús no solo anunció su muerte: la interpretó y reveló su sentido: «por vosotros».

III. La Sagrada Escritura ya había preparado lentamente el corazón del creyente para comprender este misterio. Recordamos la figura de Abraham, dispuesto a ofrecer a su hijo a Dios. En ese relato aprendemos que el sacrificio alcanza su sentido cuando el ser humano es capaz de devolver a Dios, en la fe, aquello que más ama.

Pero hay una figura todavía más profunda: el Siervo de Yahvé del que habla el profeta Isaías. Ese Siervo misterioso ofrece su vida por sus hermanos. Carga con sus pecados. Se entrega por ellos. El profeta lo expresa con palabras impresionantes: «Si se entrega a sí mismo como expiación, verá la luz. Y por su entrega justificará a muchos, cargando con sus crímenes».

Aquí descubrimos algo esencial: el valor del sacrificio no está en la víctima que se ofrece, sino en la entrega de sí mismo en favor de otros.

Cruz pintada, obra de Augustin Frison-Roche para la iglesia de San José, en Voisins-le-Bretonneux, Francia. 2024



IV. Esta corriente espiritual llega a su cenit con Cristo, que en la cruz manifiesta el verdadero significado del sacrificio. Jesús había dicho: «El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos». Toda su vida estuvo orientada hacia esa entrega. Cada palabra. Cada gesto. Cada encuentro. Todo fue un camino de amor entregado que culminó en la cruz. Por eso abraza libremente y en favor de todos, llevando el sacrificio hasta su sentido más pleno: entregar la vida por amor.

La cruz de Cristo no es sacrificio por su muerte, sino por su entrega total al Padre por sí mismo y por nosotros. Una entrega que el Padre acepta resucitándolo de entre los muertos.

V. Pero esta entrega tiene un sentido profundamente personal para nosotros. Jesús no entrega su vida al Padre solo por sí mismo, lo hace por cada uno. Lo hace en nuestro nombre, sustituyéndonos y amándolo por nosotros, para que con su sacrificio vicario queden restituidas nuestras faltas de amor a Dios y se restaure nuestra comunión con Él.

VI. Cristo se sacrificó por nosotros sin que nadie se lo pidiera. Porque el amor verdadero nunca se exige y siempre se adelanta. Brota de un corazón que, al ver la fragilidad del otro y su incapacidad, decide entregarse por él.

Todo auténtico sacrificio se realiza siempre para el bien del otro. Y en la vida vamos aprendiendo lentamente una verdad profunda: que es necesario morir para que otros vivan.

VII. Pero Jesús no buscó el sufrimiento ni eligió la cruz por gusto. La aceptó como el camino que el Padre puso delante de Él para amar hasta el extremo. Y en esa obediencia reveló el verdadero rostro de Dios: un Dios que ama a los hombres hasta permitir la entrega de su propio Hijo por todos.

VIII. Cristo, siendo inocente, quiso hacerse solidario con los culpables. Y así transformó desde dentro la historia del hombre y su destino. Al ofrecerse «en rescate por muchos», llevó hasta el extremo su encarnación y su solidaridad con la humanidad: con cada hombre, con cada pecador. Y esta solidaridad es un acto de amor purísimo.

Cristo murió como muere el hombre. Y murió por cada hombre. Su sacrificio es una sobreabundancia de amor que suple y resarce nuestras negaciones, ingratitudes e infidelidades hacia Dios, y nos regala un perdón restaurador inmerecido y gratuito.

IX. Las palabras de Jesús en la Cena siguen resonando hoy en el santo silencio del sagrario: «Este es mi cuerpo, que se entrega por vosotros». «Este es el cáliz de la nueva alianza en mi sangre». Su vida, derramada para el perdón de nuestros pecados, nos abre a un futuro de salvación y no de condenación, y nos permite vivir bajo el signo de la redención y la esperanza.

X. Su humanidad, sostenida por su divinidad, hace posible que Él nos represente ante el Padre, ofreciéndole el acto de amor más grande que puede existir: dar la vida por aquellos a quienes se ama, amando por ellos aquello que no han sabido amar.

Dar la vida para que se cumpla el designio de Dios: que, siendo



Sagrado Corazón, obra de Augustin Frison-Roche Coutances para la Catedral Notre-Dame de Coutances, Francia. 2022

liberados de lo que nos separa de Él, quedemos habilitados para volver a su abrazo.

Porque en la muerte y resurrección de su Hijo ha estallado un Amor que lo restaura todo. Un Amor más fuerte que el pecado y la muerte. Un Amor que desciende hasta nuestra fragilidad, carga con nuestro pecado hasta morir y, una vez resucitado por el Padre, vuelve para levantarnos y hacernos partícipes de su vida inmortal.

Ese es el amor que ahora contemplamos y adoramos.



Hora Santa en el móvil

La misa crismal será a las doce del Miércoles Santo en la catedral

La catedral de Ciudad Real acogerá al mediodía del Miércoles Santo la misa crismal, una de las celebraciones más significativas del año litúrgico, que estará presidida por el obispo, don Abilio Martínez Varea. En ella se bendicen los óleos y se consagra el santo crisma que después se utilizarán en toda la diócesis

Antes de la eucaristía, los sacerdotes participarán en un acto penitencial en la parroquia de Santa María del Prado (La Merced).

Durante la misa se bendicen los óleos de los catecúmenos y de los enfermos, y se consagra el crisma con el que serán ungidos los bautizados, los confirmados y también los sacerdotes. Al concluir la celebración, estos óleos serán distribuidos por las parroquias y comunidades de la diócesis para su uso en los distintos sacramentos, lo que confiere a esta eucaristía un marcado carácter diocesano

Están convocados a participar en la celebración todos los fieles de la Iglesia de Ciudad Real, junto con consagrados, laicos y, de modo especial, los sacerdotes, que renovarán en ella sus promesas sacerdotales.



Las ánforas con los óleos en la Misa Crismal del pasado año 2025 en la catedral

Aunque la misa crismal debería celebrarse en la mañana del Jueves Santo, en nuestra diócesis se trasladada al Miércoles Santo para facilitar la participación del presbiterio y del conjunto del pueblo de Dios.

Para la celebración Por Antonio Villalta Moraleda y María Cañamero Molina

Domingo de Ramos en la pasión del Señor

Moniciones

- **ENTRADA.** Comenzamos las celebraciones de Semana Santa, en las que nos acercaremos al mayor acto de amor que Jesús hizo por nosotros: su muerte, pasión y resurrección. Hoy, lo acompañamos en su entrada a la ciudad santa como principio de su entrega.
- **1.ª LECTURA (Is 50, 4 - 7).** En este canto escuchamos a alguien que, aun siendo perseguido y humillado, no se echa atrás, porque pone toda su confianza en el Señor.
- **2.ª LECTURA (Flp 2, 6 - 11).** Dios se despoja de su condición divina: el Hijo se hace siervo, de la gloria pasa al tormento de una cruz y, todo, por amor. Por eso, Dios lo levantó y glorificó.
- **EVANGELIO (Mt 26, 14 - 27, 66).** En la Pasión vemos cómo se cumple el plan de Dios con su hijo. Encontramos una historia de fortaleza, generosidad, paciencia y perdón pero, sobre todo, una historia de obediencia y entrega hasta el fin; es decir, entrega de un amor como nunca más se ha visto.
- **DESPEDIDA.** Que la alegría con la que hoy comenzamos la Semana Santa nos acompañe durante todas las celebraciones y la sepamos transmitir al mundo para hacer llegar el mensaje de que Cristo resucitó por todos.

Oración de los fieles

- S. Confiados en su misericordia, pedimos al Padre:**
- Por el papa León, por los obispos y sacerdotes: para que sepan servir y darse hasta la mayor entrega. Roguemos al Señor.
 - Por todos los que sufren, pobres, oprimidos, enfermos; por todas las víctimas: para que reciban el alivio de Cristo que entregó su vida por todos. Roguemos al Señor.
 - Por cuántos sufren las consecuencias del pecado: para que se abran al perdón y a la gracia de Jesucristo, que murió por ellos. Roguemos al Señor.
 - Por las vocaciones: para que el Señor suscite en cada corazón el deseo de amarlo y seguirlo. Roguemos al Señor.
 - Por todos nosotros: para que nos unamos a los sentimientos de Cristo en su pasión y muerte. Roguemos al Señor.
- S. Te lo pedimos, Padre, por Jesucristo, nuestro Señor.**

Cantos

Entrada: Pueblo de reyes (CLN/401) **Salmo R.:** Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (LS) **Ofrendas:** Te ofrecemos, Señor (CLN/H2) **Comunión:** ¡Hosanna al Hijo de David! (CLN/161) **Despedida:** Victoria, tú reinarás (CLN/106)

Salterio y Lecturas bíblicas para la semana

II Semana del Salterio. Lunes Is 42, 1 - 7 • Jn 12, 1 - 11 **Martes** Is 49, 1 - 6 • Jn 13, 21 - 33.36 - 38 **Miércoles** Is 50, 4 - 9a • Mt 26, 14 - 25 **Jueves Santo** Ex 12, 1 - 8.11 - 14 • 1Cor 11, 23 - 26 • Jn 13, 1 - 15 **Viernes Santo** Is 52, 13 - 53, 12 • Heb 4, 14 - 16; 5, 7 - 9 • Jn 18, 1 - 19, 42

Director: Miguel Á. Jiménez Salinas • **Edita:** Delegación MCS c/ Caballeros, 5 13001 Ciudad Real. Tel.: 926 250 250 • **Correo:** comunicacion@diocesisciudadreal.es